

# Hacia una comprensión del sentido de la noche

LUIS FELIPE VALENCIA TAMAYO<sup>1</sup>

Artículo recibido el 11 de octubre de 2019,  
aprobado para su publicación el 3 de febrero de 2020

## Resumen

Aunque la noche ha sido siempre la misma en la discontinuidad del aparecer de la luna y las oscuridades que trae la puesta del sol, cada generación vive de distinta manera las aventuras que ella conlleva. La noche, fruto de inspiración para muchos, es también la forma de mejor encontrarse con el sueño para otros, y es el territorio en que muchas cosas resultan posibles porque su contacto libra a los hombres del juego de las apariencias que se realiza durante el día.

Este es un ensayo sobre la noche y la literatura, sobre todo en lo que los libros nos han referido frente al placer y al terror de sentir la caída del sol.

**Palabras clave:** Noche; Oscuridad; Historia; Sociología de la noche; Antigüedad griega.

Cuando se acerca la noche y las aves atraviesan el cielo en busca de su refugio y de su arrullo; cuando las estrellas más luminosas se divisan anhelantes del paso de la luna; cuando es tiempo de regresar a casa, de reencontrarse con los seres queridos; a la hora de encender el fuego y dejar que las cuerdas y las voces se oigan; cuando la oscuridad asoma, en la Grecia que aún palpita en las epopeyas, las huestes se detienen, las armas se amontonan y los hombres se regocijan en el silencio que nuevamente se respira. Ya no se distingue la sangre que ha manchado el suelo, y en las espadas y en los arcos se barrunta la posibilidad de que otros hombres continúen cayendo. Por lo pronto, solo queda la noche que, entre risas y canciones,

---

1 Licenciado en Filosofía y Letras y Magíster en Filosofía (Universidad de Caldas). Escritor y profesor de Literatura y Humanidades en la Universidad de Manizales (Escuela de Comunicación Social y Periodismo, Departamento de Humanidades). Productor y realizador de los programas radiales Talla XL y PRoLeTRaRíoS en UMFM 101.2 FM Manizales. Lidera el grupo de escritura creativa PRoLeTRaRíoS de la Universidad de Manizales. Además de su interés por la narrativa y la ficción en sus distintas manifestaciones, escribe frecuentemente sobre teoría de la historia, filosofía y ciencia. Ha obtenido diversos reconocimientos por su obra de ficción, entre los que se pueden destacar los premios de *Cuento La Monstrua de Literatura Fantástica* (Vavelia, Guadalajara-México, 2007), *El Camino de los Mitos* (Evohé, Madrid-España, 2007 y 2010) y el Premio Nacional de Cuento Ciudad de Barrancabermeja (Alcaldía de Barrancabermeja-Colombia, 2012), así como el Premio de Ensayo sobre arte *Alenarte* (Revista *Alenarte*, Madrid, 2008). Es autor del libro *Historia e historiadores* (Punto de Vista Editores, Madrid, 2015) y de la novela *Ovidio y los santos perdidos* (Premio Caldense de Novela en la categoría Estímulos, Secretaría de Cultura de Caldas, 2019). Correo electrónico: lvalenciat@umanizales.edu.co

hace olvidar las habituales jornadas en las que los heridos y los muertos se cuentan alrededor de los héroes. Y todo se suma al valor y a la gracia de los dioses. En la noche, se abren los brazos al cielo y se agradece la vida de los que aún conservan el aliento para continuar en la batalla. En la noche, se escucha a los ciegos, quienes como anfitriones del mundo de la oscuridad y testigos certeros del mundo de los dioses, traen las novedades del territorio mágico en el que todas las cosas habitan y en el que ninguna cosa es sin consentimiento de las divinidades. Sin ver, los ciegos son videntes que alcanzan a registrar el favor o el desagrado que los dioses tienen de lo que entre hombres ocurre. Y no es posible desmentir sus aseveraciones. En la noche, en el lugar del reencuentro, solo hay espacio para el disfrute, para una comida opípara y también para la escucha de los ancianos.

No es posible presagiar una noche distinta a la luz de las líneas homéricas. Quizá lo maravilloso es que Homero (1991) no se detenga lo suficiente en hablarnos de ello porque ya parecería que todo fuera un invento suyo. Sencillamente, la noche es el lugar común en el que, tan cercanos los griegos, todos se sentían invitados a vivir y a explorar lo que en el día era solo un batallar. En tal caso, Homero no tenía nada que agregar: tan solo deja acontecer la oscuridad en la luz de su obra. La noche griega tiene un aire propio, sencillo y delicado. Si resulta cierta la ya tradicional hipótesis que orienta el origen de la epopeya en la continua transmisión que de ella hicieron diversos rapsodas, debemos reconocer entonces que el único espacio posible para que tan sapiencial entrega se llevara a cabo era el de la noche. En el día, ya fueran las ocupaciones, ya fueran las batallas, muy pocas cosas permitían el encuentro entre los que cuentan y los que escuchan. La noche griega toma a consideración el fenecer del día para que, antes de que el sueño llegue, la mente se cargue de ilusiones de otras voces y de historias de otros muertos.

Bien podría decirsenos que durante el día ocurrieron también las llamativas escenas en que Platón ubica a Sócrates, suerte de voz ajena y remilgada como también especie de muñeco de ventrílocuo por el que habla el autor. En Platón, el diálogo y el encuentro entre los hombres están matizados por voces que todo lo ven claro, todo lo distinguen y lo tocan, pero que, se advierte, se engañan en esa claridad. A la vera de un camino en el que solo se distinguen verdes de distintos contrastes, en un maravilloso día junto a los plataneros, Sócrates platica con Fedro en uno de los más bellos diálogos de todos los que suman la obra de Platón: *Fedro*. Aquellos hombres hablan sobre el amor, sobre la locura, sobre la esencia del alma, a la luz de mitos y discursos, y, no sobra decirlo, a la luz del día. Bien pudo Platón dejar el trato de tan delicados temas a un espacio mucho más familiar, libre de la alameda, mucho más sencillo. Digámoslo de otra forma, pudo recoger a sus personajes en un espacio más homérico y, quizás, mucho más cotidiano: el lugar del vino, la hoguera y el recogimiento: la noche. Haría falta decir que en el día, lugar en el que Platón recoge a sus invitados, pocas veces hay tan buen tiempo para dedicarse a temas tan embrollados. Siendo así, el día no es espacio suficiente. Para terminar en algo ya sería necesario mayor ocio, como reclama Aristóteles, y dejar llegar las noches. Y siendo así, la vida no es suficiente.

De todas maneras, Platón ha calado profundamente en la conciencia de toda una civilización. Aún podríamos llamarnos habitantes de ese mundo al que luego el cristianismo dio sus más certeras puntadas. Platón caracterizó el sentido del día como el sentido del Sol en

el mundo y la Luz en la conciencia. No hay lugar para la noche, más cuando en ella pueden desnudarse los poetas. Mucho se podrían aclarar estas consideraciones en la lectura de *La República*. Desde la crítica abierta a los poetas, que, como Homero y Hesíodo (1990), “no deben ser escuchados nunca en nuestro Estado”, que “no representan a los dioses tal como ellos son”; pasando por la alegoría del Sol, luz para que los ojos funcionen, y hasta el Mito de la Caverna, en todas las páginas del libro se instaura un nuevo orden de las cosas y los sujetos. Por supuesto, la noche alcanza una difusa consideración si se tiene presente la claridad que otorga el día. Y no estamos reparando en las calidades efectivas de una bella mañana, como la que palpita, por ejemplo, en las páginas del *Fedro*, sino en la categoría tenebrosa que se le da a la noche en detrimento también del posible lugar de encuentro y de reencuentro. En Platón, la noche ya no es la misma en la que los ciegos y los ancianos son escuchados. La noche es oscuridad y, como tal, en ella no será posible el conocimiento. Se debe tener presente, a la vez, que el color negro con el que se caracterizan las noches que ni luna tienen es, en Platón, el color del caballo que tiende a arrastrar al alma a su perdición. Claro, en contraposición del caballo blanco, que se intuye rápidamente qué significa. Aunque, sin duda, la diferencia ya usual entre el blanco y el negro no debe tenerse como un legado exclusivamente platónico, ya que Platón, en muchas de sus apreciaciones sobre la vida y sobre la muerte, recoge lo que con gratísima sorpresa aprendió de sus viajes y encuentros con los pitagóricos y las religiones orientales. No todo es originalmente suyo, también hay muchas voces, y no todas griegas, traspasadas por el talento de su pluma. Bien podríamos observar que si las concepciones, más que cambiarse, hubieran sido distintas, la noche pudiera ser luz y el día podría ser oscuridad, tal como le ocurría a los ciegos que atraviesan los cantos homéricos. En nuestro canto, Los Chalchalersos han dicho que los ojos traicioneros son los ojos negros: por algo los querrán vender. O podríamos también anotar, como en la ya clásica consideración salsera de Roberto Anglero, que las cosas serían distintas “Si Dios fuera negro, mi *compay*, todo cambiaría; fuera nuestra raza, mi *compay*, la que mandaría”.

El cristianismo, como ya se alcanzó a apuntar, da al legado de Platón y al puente que éste construyó entre Oriente y Occidente un sentido mucho más complejo y, por qué no, mucho más avasallante. No sobra recordar que entre las escenas más impresionantes de los Evangelios destaca la que precede y da inicio a la Pasión. Entre antorchas y armas, Judas acompaña a quienes aprehenden a Jesús y, no sin antes salir cortada la oreja de uno de estos, todo ocurre de acuerdo con la traición. La noche es mucho más negra y el dolor mucho más largo. Aunque son tristes escenas para todo aquel que se acerque a ellas, no deja de llamar la atención la similitud, hasta en la aceptación y en la entrega, entre Jesús de Nazareth y el Sócrates que vive, conversa, es juzgado y es obligado a tomar la cicuta en las páginas de los *Diálogos* de Platón. Mucho de lo que somos, del ambiente en el que nos movemos, sea material o inmaterial, tiene la herencia de aquellas dos tragedias humanas que delinean la historia. Son similares hasta en los gallos que matizan el final de sus vidas, como bien lo ha resaltado George Steiner (1997). El gallo que Sócrates, en sus últimas palabras, solicita para que se le tribute a Asclepio, y el gallo que canta mientras Pedro niega conocer a aquel que va camino de la cruz, son animales con aire de familia. Y bien se nota que el canto del gallo anuncia el día, canta a la mañana y a la luz. Con mayor terror, con un empeño que ya tiene un sabor y un sentido

oscuro, otros animales atestiguan el llegar de la noche; otras voces cantan, ya no cacarean. Búhos, lechuzas, murciélagos, lobos, animales que, como muchos otros, cargan también con sus metáforas y sus sentidos.

Fácilmente advertimos que, así como ocurre con el día y con la noche, muchas de las consideraciones que asumimos de nuestros espacios, tiempos y territorios están tocadas por anotaciones históricas que se adhieren a nuestras formas de pensar y confrontan tanto las expectativas como los temores que se pueden despertar. En muchas ocasiones, por ejemplo, periodistas o cronistas inician extrañados las líneas de alguna referencia noticiosa con palabras como: “A plena luz del día...”. Con sorpresa asumen asesinatos “a plena luz del día”, atentados “a plena luz del día”, como si también quisieran insinuar que el espacio más oportuno para tales hechos sea el de la noche. Por supuesto, la tonalidad del cielo nocturno y la disposición de las sombras hacen que muchos deseen aprovecharse de los intersticios para cometer mejor sus fechorías. Pero son estos mismos quienes también las ejecutarían a plena luz del día.

En buen recaudo tenemos la afirmación de Hippolyte Taine en la que vivimos y somos ‘prolongaciones de la cultura helénica’. Pero, siendo así, cabría entonces preguntarnos en qué lado de la noche habitamos. La noche griega tiene mucho de homérica pero también ha sido platónica, se ha cargado de cantos y esperanzas como de tenebrosidad y traición. No de otra forma criticó Platón a Homero y a Hesíodo que censurándoles la falta de verdad en sus poemas, la falta de verdad para el Estado. Pero la noche homérica no ha de marginarse tan fácilmente; la noche en la que los griegos transmiten su sabiduría a aquellos que terminan el batallar de su día no puede borrarse de nuestras memorias. Si al trabajo es necesario el día —como bien lo sugiere Hesíodo—, la noche tendrá encomendado el gusto por el reencuentro, por el descanso entre quienes comparten historias y leyendas, canciones y besos. No hay noche que no merezca su anécdota, el recogimiento de los que se aman, la cena, la conversación y la lectura antes de que el sueño llame. Cada noche, como en Homero, se convierte en un encuentro inolvidable. Pero, antes de serlo, cada noche también debe ser inobjetable.

Sin embargo, por mucho que lo subrayemos, poco logramos a favor de la noche homérica, la noche que se ausculta en las epopeyas del poeta. En primer lugar, porque sobre nuestros hombros pesa la historia en la que todas las cosas se ponen cada una en su lugar convirtiendo al día y a la noche en espacios radicales para la luz y para la oscuridad, respectivamente. Y, en segundo lugar, en la noche homérica en la que todo puede ser disfrute, cena, conversación, lectura o canto, subyace el pulso de una velada que solo es posible para pocos: una velada aristocrática. Si nos preguntamos quiénes hacen de sus noches encuentros inolvidables, la respuesta que se debió dar en el pasado, tal como la que se debe dar hoy, es: los que pueden; en ningún momento todos los que quieren. Una cosa sería decir que unos viven o disfrutan la noche, y otra muy distinta que la habitan. En últimas, sus habitantes hemos sido todos pero se destaca el tono especial de quienes, como miserables y oprimidos, tienen de la noche todo el techo; aquellos que confían su sueño solo al abrigo del cielo nocturno. En Colombia, si es del caso, pocas veces dejará el transeúnte de observar que puentes y aceras sean también habitaciones de paso. Por supuesto, el fenómeno no es exclusivo de un país y se ha testimoniado por años hasta en las ciudades más ilustradas y luminosas de Europa. De otra parte, muchos

otros hombres, casi como nuestro Don Quijote, deben amanecer velando sus armas, cuando no envueltos en singular batalla con fantasmas que son toneles de vino.

El contraste continúa llamando nuestra atención. Ya se alcanza a ver que el sentido de la noche varía para unos y para otros tal como cuando, al despertar, el aliviado le pregunta al enfermo: “¿Qué tal pasó la noche?”. Para éste hubiera sido preferible que la luna no se asomara, que la hora de dormir no fuera precisa para todos, porque a esa hora el enfermo no duerme. Su noche es larga y va de un lado al otro de la cama. Otros, mientras tanto, y en esa misma noche, simplemente danzan. E igual nos imaginamos a los míticos héroes griegos, a Aquiles, a Ulises, disfrutando la noche porque la vida es corta, disfrutando la vida porque la muerte no se quiere. Este es el territorio de los dioses y de los héroes, para mayores señas todos miembros de la misma familia. Y, en todo caso, como herencia del poeta griego, esta noche es la que siempre anhela el artista. En sus noches, la hora del sueño siempre será una oportunidad, un punto de encuentro con todo lo que a bien –y también a mal– se da en llamar arte. La noche continúa siendo la posibilidad para que al final del día y del trabajo, los hombres, los héroes del arte, se enfrenten a la comunidad, la consulten y la interroguen, le cuenten historias y se dejen narrar por las historias. No hay otros espacios. En el día, los que puedan darse no son más que espacios mal programados, atravesados o, como en el caso de los espacios escolares y académicos, ajenos a la voluntad de quienes los puedan compartir. En el día, el artista, si puede, trabaja en su taller, recorre los laberintos de su mente; intenta, se equivoca y trata de corregir lo que considera no está bien. En la noche, comparte a aquellos que desean escucharle, verle y criticarle. El artista lo es en su intimidad, pero lo es aún más cuando, al tanto de las señales que pueda transmitir con su obra, participa a aquellos que desean saber de sus trazos y comunica lo que solo en origen ha sido suyo, lo que solo a la hora de la creación es de su propiedad. Y se resalta el que la obra solo tenga propietario en su primera etapa, porque, a la larga, la obra de arte, sin propósito o con él, llega a otros seres y tiene el aliento de la época en que se origina, jugando un singular papel en aquellos que son espectadores, auditorio o lectores suyos.

Bien que de la intimidad del artista siempre serán referentes tácitos sus melancolías, sus pasiones, sus euforias y hasta sus accesos de locura; ya sea de día o de noche, algo atormenta o complace su mente, de ahí que algo muy suyo vaya a dar en los sentidos de quienes, como invitados, solo quieren disfrutar del arte. Lo que en la noche, como muestra, es un fragmento, para el artista es su vida. Sabido es que la noche, como referente emocional para los manicomios, traiga a los más inquietos seres horas de remezón y de melancolía. No sin razones, diversos autores apuntan las extrañas condiciones en que los artistas se muestran emocionalmente dispuestos a crear. Tampoco caeremos en el error de considerarlos constantemente locos ni mucho menos constantemente inspirados; en el peor de los casos tampoco los tendremos por enfermos, pero sabemos que algo inexplicable se cierne sobre los artistas a la hora de abordar sus planes y de tomar plumas y pinceles: a la hora de crear. En el caso de la novela, por ejemplo, Maurois (1962) llamó la atención al hecho, no de que todos los autores fueran neuróticos, sino que todos lo serían de no ser novelistas. Recordemos su clásica sentencia: “La neurosis hace al artista y el arte cura la neurosis”. Y como Maurois, otro tanto, entre escritores y estudiosos, han reflexionado sobre cuestiones similares. Mirado desde distintos

referentes, unos lograrán ver la enfermedad; otros, la salud; unos encontrarán al demonio y otros al Espíritu. Y, así, en parecidas circunstancias a la del escritor y biógrafo francés André Maurois, recordamos el ya clásico estudio, casi rotundamente clínico, del español Antonio Vallejo-Nágera (2000), quien con sus *Locos egregios* alcanza a tener –según prólogo de Felipe Sassone– “...el más interesante, variado e ilustre manicomio del mundo”. Nos bastaría leer algunas de sus páginas para sorprendernos con la locura de aquellos a quienes hemos admirado profundamente; aunque ya se puede desconfiar un poco de tanto diagnóstico en el que, en últimas, todos no debieron requerir del arte sino de un tratamiento psiquiátrico. En el caso de Goethe (1943), contado en el capítulo de los *Psicópatas egregios*, solo escuchar las voces de los alienistas reunidos en las notas de Vallejo-Nágera da para pensar que el genial intelectual alemán no pudo haber sacado nada adelante, que debió preocuparse más por su salud que por el arte. Y él, Goethe, no nos cuenta mucho al respecto en sus variadas obras. A pesar de todo, y en tales supuestas condiciones –que aquí no anotamos para evitar que el admirador de Goethe se sonroje– el autor del *Fausto* vivió ochenta y tres años, contándose entre uno de los autores más longevos, siendo un hombre que vive el tránsito del siglo dieciocho al diecinueve. En tal caso, es mejor mantener la enfermedad a los remedios. Como el mismo Goethe lo ha entendido, el artista es capaz de librarse de sus males, de los que lo condenan y pretenden llevarlo al suicidio, tal como él quiso hacerlo. Recordemos que de no ser por ese raro asesinato que “come a sí mismo” en la personalidad del joven Werther, Goethe no sería uno de los más grandes de la vida del mundo. El escritor lucha contra sí mismo y derrota al adversario que pretende condenarle, una especie de fuerza oscura que, pese a todo, no dejará de atormentarlo y que asomará de vez en cuando por la ventana de su torre. Y todo se ve tan claro cuando Carl Gustav Jung lo explica. Tiene razón el mexicano universal, Alfonso Reyes, al decir de Goethe que “...se da y se recobra, se enloquece y se salva. Vende el alma al diablo, y no se la entrega [...]. Mezcla de algún modo la voluntad del Occidente y la resignación del Oriente [...]. Es inabarcable y, a veces, también invisible” (1975).

Y con la venta del alma al diablo, el buen negocio que, al parecer, hizo Goethe, atraemos nuevamente nuestra atención al lado oscuro de esta historia. ¡Quién mejor que Goethe para mostrarnos los pactos con el demonio! A la luz del *Fausto* no hay creación sin oscuridad, sin una ruptura que llega en la noche del alma. No obstante, la vida no alcanza a quebrantar lo firmado. Detrás del genio, la risa demoníaca en paciente espera de lo que ya presagia como suyo. ¡Qué decir de Goethe que anticipó su muerte en el fallecimiento de sus personajes no queridos y en el adiós de los amigos que, como Schiller, no merecieron vivir tan poco! La risa del demonio hace parte del luto que siempre ronda la vida. Y lo que aquí importa, a pesar de todo, es lo que el hombre gana en su negociación con el ángel caído. Detrás del genio que alcanza la sublimidad en su obra se advierte la presencia de algo que no es humano y que, mirado desde la cordura de muchos, no debe ser santo. La gloria y el toque de distinción que se pueden ostentar estarán, de ello, matizados por algún infernal orgullo. Y en verdad, debemos decir, no hay reconocimiento sin que, al menos, se sea también esclavo suyo. Tan fácilmente nos llama la atención la fama como pronto, a la vez, condena el olvido; tantos cuidados se debe tener de la imagen que escandaliza darse cuenta de que en todo lugar hay caídas y vulnerabilidades. Y, sin embargo, todo se conjuga en una lucha constante entre el reconocimiento y

la indiferencia. Reconocimiento e indiferencia del ser amado, del lugar deseado, del espacio anhelado y del tiempo querido. Allí ondea Fausto, y allí le reconoce Mefistófeles, en la mezcla de su distinción y de su soledad. En *Fausto* todo es sabiduría y, para dolor del personaje, pesa demasiado la ignorancia. Las cosas no son ni siquiera de acuerdo al color del cristal con el que se las mire, como poetiza el chileno Nicanor Parra; las cosas se confunden en una suerte distinta de contextos, luces y nieblas que turban la mirada de los observadores más sagaces. Así, el doctor Fausto quien, como el Sócrates platónico, pasó sus sabias horas en el penoso reconocimiento de saber que nada se sabe, que lo que se ama no se tiene y lo que se desea escapa de las manos. Y el tentador tiende sus mañas; hace de las suyas, paradójicamente, al servicio del arte. Goethe y Mefistófeles lo saben: solo a Dios es provechoso conocerlo todo. De lo que Fausto ignora, será ello lo que más pesará en su vida, esa ingenua ambición de querer atraparlo todo de un vistazo, de un soplo que, en últimas, es la vida.

Por ello, para consideraciones más acentuadas, pero igualmente problemáticas, el *Doctor Faustus* de Thomas Mann (1982) concede al artista solo la virtud de su esfuerzo y su talento, a pesar de que, igualmente, en ello se vaya la vida. De toda la ciencia y de todo el amor, que eran los anhelos del Fausto de Goethe, pasamos ahora al único deseo que realmente se emparenta con el aliento tentador de Mefistófeles: alcanzar la ciencia del arte en la composición musical. Recordemos que, muy a este propósito, el francés Charles Gounod compuso una obra musical que recogía la herencia del *Fausto* de Goethe; y como si hubiese tenido el patrocinio del tentador, fue con aquella pieza con la que alcanzó la gloria antes de morir. Por su parte, ajeno a ser llamado composición musical, aunque con páginas de mucha altura tonal, el *Doctor Faustus* de Thomas Mann respira el aire demoníaco que alienta y condena la vida del artista. Que viva la obra por el arte y que muera el artista por el arte. Thomas Mann ha dicho de su personaje, el compositor alemán Adrian Leverkühn, que nace como una forma alegórica para referirse a Nietzsche. Adrian toma el lugar del filósofo. Y en verdad, cuando bien se advierten nuevamente las páginas de ese maravilloso *Doctor Faustus*, se concede a Adrian mucho de Nietzsche, y mucho del diablo al del *Ecce homo*. No obstante, detrás de la obra hay más: toda una cultura, toda una tradición, todo un número de autores a los que Mann admiró, músicos como Beethoven, Tchaikovsky y Schönberg, escritores como Shakespeare y Goethe, y filósofos como Adorno, Horkheimer y Benjamin. Aún hay más; sin embargo, nos faltaría otro tiempo y otro espacio para determinar con mayor propiedad y sin tanta ligereza la compleja obra de Mann. Solo quisiéramos advertir la poderosa metáfora en la que la genialidad se ausulta en pactos demoníacos que, en últimas, son sacrificios. El hermoso capítulo XXV del *Doctor Faustus* es de una riqueza y una viveza singulares para la literatura del siglo veinte, más cuando toda la obra se sumerge en las tinieblas de una época terrible en la que el mal se hizo al poder. Mann contempla, sufre y narra en el personaje de Serenus Zeitblom, amigo personal del músico Leverkühn. Todo redundando en una pregunta al papel del arte y de los artistas en una época represiva, violenta, época de hambre, orfandad y discriminación. Adrian sacrifica con temor su vida. Él es también la Alemania que padece su propio infierno. “No pocas veces –dice el demonio– la vida ha recurrido a la enfermedad y a la muerte con verdadero goce”.

El diablo se presenta como un ser siniestramente culto. Dios, si es del caso, se concibe mejor en y para los seres humildes y sencillos; mientras su antagonista pertenece a un mundo



sobradamente docto en ciencia, arte y tradición. “¿Crees tú en la existencia de un genio que no tenga nada que ver con el infierno? ¡Non datur! –dice el sugestivo demonio a Adrian–. El artista es el hermano del criminal y del loco [...] ¿Salud o enfermedad? Sin lo enfermizo la vida no sería completa”. Tal es nuestra condición, condición paradójica como la del día y la de la noche: el día en el que todo es divino y la noche en la que el demonio aparece y tienta. No puedo dejar de sentir cierta conmoción con estas singulares paradojas de nuestra existencia; singulares y, por qué no, también supremamente crueles. El mismo Mann nos hace caer en la cuenta de ello; sus palabras nos subyugan con aliento profético: “Lo que he aprendido –dijo él en Princeton– es que para alcanzar una salud superior, es necesario pasar antes por la experiencia profunda de la enfermedad y de la muerte, tal como la experiencia del pecado es la condición primera de la redención”.

Con profundidad, Stefan Zweig (1999) ha rondado tan peculiares estudios sobre el genio y el influjo demoníaco –a la manera como Sócrates sentía en su interior un genio al que llamaba *daimon*–. Podríamos decir que el Adrian Leverkühn, de Mann, tiene las maneras de los seres que el escritor austriaco tan bien conoce y tan bien retrata. Todo en un sustento: el suelo demoníaco en el que los artistas padecen y son fecundos en su arte; en el que la locura y el delirio despiertan a la creación. No hay desventaja física que sea signo de incapacidad intelectual para los artistas escogidos. La ceguera parece haber atravesado la vida de Homero tanto como la del poeta inglés John Milton y la del argentino Borges. Y en su falta de luz, estos seres se mostraron irremediabilmente lúcidos. Toda enfermedad muestra tener un sentido oculto, intrincado; una metáfora, como lo ha dicho magistralmente Susan Sontag.

No dejamos de llamar atención a la misma paradoja de la noche: siendo demoníaca tiene de sí la posibilidad del encuentro humano, porque es encuentro con el arte. Y esto ya que somos aún tremendamente griegos. Pero, de otro lado, estamos marcados por la herencia oscura de la noche en la que las cosas tienen un rostro de edad media. Y como en aquella temporada de la historia se organizaron institucionalmente las universidades, claro queda su legado en la luz del día y en el fervor con el que los niños y jóvenes deben madrugar a recibir sus clases. Todo tiene su historia. La noche, en su tono sombrío, queda entonces como oportunidad para los brutos. ¡Ah duros los acentos que adquieren los estudios en los populares colegios nocturnos!, colegios que no son otra cosa que una ampliación del servicio de aquellos que prestan sus aulas a los que estudian elegantemente de día.

Que la noche, hoy por hoy, tenga sentidos tan sugestivos parece indicar que hacen falta mayores reflexiones sobre el papel y el lugar de la educación y del encuentro, porque ya nuestros colegios pasaron a ser guarderías en las que simplemente los padres mantienen ocupados a sus hijos, y la noche el espacio para hacer las tareas. Entre mayor tiempo pase el niño en la escuela –piensan muchos padres–, mejor. Y, por supuesto, son otras muchas las instituciones que han visto en esta exigencia la forma de abastecerse económicamente. La calidad educativa, en tal caso, pasa por el modo como se mantienen ocupados, quietos y sin hacer ruido, a los jóvenes; pero no hay vocación de encuentro, de lecturas, de comunicación con la historia y con la noche que por aquí hemos querido sugerir. La verdad es que si en la misma familia, en la casa, en la noche, no hay encuentro, poco o nada hacen los muchachos



madrugando dizque para ir a estudiar. Fallas por las que fácilmente se puede pasar inadvertido, pero que, a la hora de hacer balances, resultan apremiantes tanto a familias como a instituciones educativas. Bien tenemos claro que hacemos parte de una tradición en la que cada cosa tiene sus significados, y que éstos cierran la posibilidad a otros. Parece no haber medianías: o se es blanco o se es negro. Y lo peor, unos solo ven lo blanco y otros solo ven lo negro. Hace falta disposición para ver lo uno en lo otro y reflexiones para comprender estos contornos. ¡Vaya lección la de Chesterton que tan bien nos invita a indagar las dulces y hasta risueñas paradojas que habitan nuestro mundo!

Asumimos una noche con una connotación trágica en la que fácilmente se puede condenar cualquier presencia. Poco se hace por superar las crueles nociones en las que la noche termina abandonada al desencuentro. Aún nos educamos en un profundo temor a ella y no nos permitimos ser sus habitantes recuperando un poco la gustosa señal que la noche tiende al encuentro, a la risa, la cena, el vino y el sueño. Por estas tierras se observan ya hasta indicaciones preventivas para que todos se acuesten temprano, abandonando la noche, según dicen, de manera “zanahoria”. Y bien es cierto que la oscuridad trae sus peligros, pero siempre son más grandes nuestros miedos y las carencias de políticas públicas que hagan de la noche una oportunidad para todos. De nuestra tradición, tan familiar y bien conocida, podríamos recordar las temidas noches que juntos pasaron los primeros cristianos. En ellos, la oscuridad fue un refugio no exento de inquietudes. Ya recordamos, así, que el mismo Jesús advirtió el temor del que ellos, sus discípulos, serían presa.

Falta de confianza en la noche, que es la noche del mundo, y que para aquellos representó la hora sin sueño en que, como lenguas de fuego descendió el Espíritu, y donde, como para completar, se refrendaron las palabras de Mateo 10, 26–33 que exigen decir a plena luz lo que Jesús les dijo en la oscuridad. Pero, para los primeros cristianos, aquellas noches siempre presagiaban ser definitivas, amenazantes y catastróficas. Aquellos conciliábulos no eran tranquilos y pesaba en ellos el sello de la traición que precedió a la Pasión. Las vigiliass no solo tenían oraciones, sino también miedos y correrías de un pueblo a otro. La Edad media no será ajena a esta herencia; sin embargo, en ella los cristianos ya dejan de ser los perseguidos.

En una temporada histórica realmente oscura, como aquella, la noche enfrenta los usos abyectos de quienes creyeron que durante el paso de la luna Dios también cerraba los ojos. Con el tiempo y una sólida dosis de poder, las esencias pasan a ser entidades, creencias que alcanzan un carácter definido y un espacio propio. Ya encontrarán incluso animales que las encarnen. El que cree en el día puede llamarse cristiano; el que cree en la noche algo debe tener de demonio o íncubo. De la conocida transición que va de los paganos, griegos y latinos, a los cristianos de fina estampa, descueella, en el tiempo oscuro, el que aquéllos sean tenidos luego por supersticiosos. La noche medieval hará que los milagros se conviertan en hechizos, embrujos y herejías. Sabido es que san Agustín elaboró completos estudios sobre supersticiones y supersticiosos, pactos y demonios, y que con honesto fin deseó evitar que los hombres invocaran el auxilio del diablo. No obstante, de la tentación nadie escapa, menos, parece, cuando llega la noche. Por ello, de las instituciones más preclaras que legó nuestra Edad media, la Iglesia y la Universidad, no hubo tránsito a la noche. En ellas solo la luz es el

día y ellas se presentan a sí mismas como luz. De alguna forma, la noche se escinde como lugar de la vigilia y la espera, espera del día que llegará.

Sin embargo, lo que la noche realmente espera es convertirse en un espacio más para todos; punto de encuentro, como también de descanso. En nuestro caso, y en el que queremos reconocer, la noche vive del arte tal como el arte vive de la noche. Ella es encuentro y él es intimidad. Cada autor podrá hablar según sus noches, aunque también tenga sus días. De acuerdo con lo hasta ahora dicho, se puede pensar que el artista es un habitante exclusivo de la noche, y así, igualmente, se puede pensar en las preconcepciones normales que tiene el común de la gente sobre la vida de los artistas. Pero si algo hemos querido plantear aquí es que no existen tales espacios ni tiempos exclusivos, mucho menos para los artistas. En algunos de éstos llama la atención el fervor por la mañana. De Goethe es conocida su devoción por la mañana, mejor aún: por madrugar, para “quitarle la crema al día”, cómo él mismo decía. Alguna vez comentó Carlos Fuentes que Goethe escribía de cinco a ocho de la mañana y que después se divertía con las intrigas de la corte de Weimar o, como coqueto, persiguiendo a las sirvientas. Alfonso Reyes también tuvo espíritu de madrugador, claro, sin lo de la Corte ni lo de las persecuciones, simplemente en devoción a sus libros. El mismo Carlos Fuentes es también un escritor matutino. Pero ya alcanzamos a advertir que en ellos, como en tantos otros con iguales preferencias, la noche también tiene un sentido muy especial, pues una cosa es que se tenga el gusto por escribir a las primeras horas y otra dejar de ser amantes del arte y la cultura de tiempo completo. En tales casos, se debe tratar de hombres que han dormido pocas horas porque lo mejor siempre puede llegar tarde: un buen libro, un buen amigo, una grata compañía, una gustosa conversación, el mejor licor, la bella música, el amor. Por supuesto, podríamos traer a consideración el extremo caso de Nietzsche: de día un disciplinado maestro y un constante escritor, de noche un disciplinante de burdeles.

De alguna forma, debiéramos reivindicar a Platón porque en *El banquete* algo nos mostró de la posible bella noche. Aunque el filósofo griego no buscó honrar la noche como escenario, tal vez sin quererlo nos deja un excelente documento para percibir el gusto por la noche en una tradición que nos parece se emparenta más con la de Homero. Sin embargo, Platón no deja cabos sueltos y, en nuestra lectura, sería mucho más preciso entender la noche en el comportamiento de Alcibiades que en el de Sócrates. El maestro sigue siendo el mismo; la noche no desdibuja su esencia; podemos figurarnos su imagen tan fresca y sencilla como la que retratan los diálogos que se escenifican a plena luz del día. Pero inmediatamente llama la atención Alcibiades, en todo tan distinto de Sócrates. De aquél podríamos notar sus excesos y, por qué no, su oscuridad. Alcibiades vive la noche de Platón y es la imagen que de ella tiene el filósofo griego. El personaje llega inclusive a ser presa de la ebriedad y se muestra tal como Platón ha insinuado que no quiere ver a los ciudadanos de la Polis, a los hombres del Estado. Todo en Alcibiades linda con lo escandaloso. Y aún hay más: él es bello, mientras Sócrates es inquietantemente feo. ¿Qué decir de ello? Son la misma luna y el mismo sol, bien que este astro, al no ser del todo feo, no permite que se le mire directamente.

Al ser proclive a las sombras, la noche no dejará tener borrachos entre sus habitantes. La proclividad, en sí, se ha tenido por una de sus características. Sin embargo, escapa a muchas

miradas el carácter político y, claro, pedagógico de la noche. Ni Platón lo podría negar; él que creció inmerso en las herméticas tradiciones órfico-pitagóricas. El vino es, por supuesto, un elemento habitual en los claroscuros de las relaciones humanas; su compañía es inestimable en la historia, mas los borrachos no hacen la historia. Platón elabora finamente una crítica a las tradiciones del pueblo ateniense, embebido en los excesos de sus festivales y honores a Dionisio. Pero no por ello perderemos de vista el espacio nocturno y sus posibilidades. El mismo Platón cae en el juego: en *El banquete*, Sócrates da algunas de sus más bellas lecciones, con todo y que su búsqueda sea “dar luz”, como lo señala su mayéutica.

Luego, nos queda una pregunta pendiente: ¿hasta qué punto se puede juzgar la noche dionisiaca o, por mejor decir, a los excesos a los que muchos creen que la noche da pie? Pues, esta pregunta no tiene respuesta más que en los dictámenes morales a los que cada uno pueda dar cabida en su vida y en sus acciones. Si algunos dan como buenos o malos ciertos comportamientos no es tanto porque éstos lo sean de hecho, sino porque quienes los juzgan los preconiben así. Lo que para algunos es virtud por carencia, para otros lo es por exceso, así no lo compartamos. La noche dedicada al vino y a Dionisio pasó luego a ser conocida como bacanal, y ya este término, además de llevarnos al vocabulario pagano, nos sabe a transgresión. De Dionisio a Baco, un mismo dios para griegos y romanos, respectivamente, media el paso de los que no sabían que pecaban a los que cometían los siete pecados capitales en una sola noche. Alcanzamos a sentir la algarazara de los romanos mientras acompañábamos a Virgilio en su última noche. Tras la ventana de la habitación imperial en la que yace agonizante el poeta, se escuchan los estrépitos de quienes, indiferentes al dolor de su escritor, beben, refocilan y no se hallan ni a sí mismos. Es la noche de *La muerte de Virgilio*, la maravillosa novela de Hermann Broch (1980), una de las más bellas piezas de la literatura del pasado siglo. No obstante, en la novela no nos quedamos con lo que hay en los contornos del palacio del Augusto, nos adentramos en el alma del poeta, y en esa noche, la noche de su muerte, con el honor de acompañar toda su novelada agonía.

El problema no es tanto el advertir que muchas noches pueden llevar a irremediables excesos –daños que le gusta la gente causarse a sí misma–, sino el que no se tenga presente el que la noche es oportunidad para muchas cosas. La noche es encuentro en la diversidad de la cultura; lo que ella reclama son espacios. Reivindicamos el carácter político, pedagógico y artístico de la noche y recordamos los encuentros literarios que en la Francia del diecinueve tuvieron su principal fomento. Y cómo creció la novela francesa, cómo se alimentaron sus autores de enriquecedores conocimientos y, todo hay que decirlo, de destacadas bagatelas. Todos conversan, todos discuten; comentan libros y chismorrean sobre los escritores de otras tierras y las mujeres de los vecinos. Balzac, Saint-Beuve, Flaubert, Gautier y los Goncourt –que hasta tienen tiempo para redactar sus noches– son, entre otros, autores que gustaron de la noche y su oportunidad literaria. El tiempo se haría corto para distraerse en sus conversaciones que, me imagino, van de un libro clásico a alguna novedad, de un autor a algún concierto reciente; todo sin las presiones de ninguna programación a la que se debiera seguir punto por punto. De tal forma, se alcanza a intuir, estamos ante una oportunidad no solo literaria, sino pedagógica y política. Las noches de aquellos bohemios hacen que París tenga más luz y que crezca

el fervor por la cultura. No se trata solo de aulas. La formación que pasa por la pasión de conversaciones fluidas, apasionadas y llenas de sabiduría pesa más que cualquier programa de maestría en el que, como ocurre con las especializaciones en Humanidades, las cosas no van al encuentro sino a la dispersión, a la lectura de fotocopias y a exposiciones pedantes, cuando no preocupantes. Lastimosamente, hemos caído en la trampa de la especializaciones –no tanto las de las ciencias, harto necesarias–, trampa en la que, de acuerdo a los títulos, la sociedad da su importancia a la gente.

Dejando a un lado estas pequeñas consideraciones, anotamos ahora que algo de aquella noche de apasionados lectores y amigos del arte que se encontraban en algún café de París, algo también se observó en estas tierras. Los “tertuliaderos” hacen parte de nuestros orígenes amables por la cultura. De Pedro Henríquez Ureña, pasando por Lezama Lima, Estanislao Zuleta y llegando a Borges, debemos decir que la vida literaria figuró en sus noches de café, de bohemia, de brisa y sonoridad del mar, de tangos. Del colombiano que citamos no miremos sus excesos, sus “borracheras completas”; quedémonos hasta cierto punto en su compañía. Del banquete en casa de Agatón que nos habló Platón también podríamos tener paráfrasis en las conversaciones de nuestros escritores y músicos. La noche es también pasarla leyendo a Platón con los amigos. Todo alivia las cargas del día en el encuentro que es la noche. Tan solo se puede pensar en el papel del clásico futbolero de las noches –y ahora, en esta abundancia de campeonatos, de todas las noches–, para imaginar el ejercicio cultural de quienes hallaron en el arte su forma de entenderse con lo realmente humano. De igual manera puede pensarse en las telenovelas que endulzan las intrigas caseras y las ilusiones adolescentes: la noche como telón de lo que ahora llaman “prime time”. Y ahora los medios tienen la sartén por el mango haciendo de la noche su mejor suelo.

Tratamos de insinuar que las opciones del exceso no son las únicas; queremos decir que las noches de los medios no son las mejores. Recuperar espacios en la noche para la música y, más que para ella, para los músicos; para la literatura y para los literatos; para el arte y los artistas. Puntos de encuentros inestimables en los que nuestras almas se dejan seducir finamente, por los que se nos permite ser fieles a nosotros mismos y a la cultura del mundo. Un concierto solo puede serlo si la noche se engalana para que sea escuchado. Hasta el cielo oscuro –y me desmentirán los entendidos– se dispone mejor acústicamente para que la música llegue a nuestros oídos. En el día, es seguro, las guitarras no suenan igual que en la noche; también porque, como humanos, tenemos nociones de los espacios más apropiados y, como enamorados, obtenemos de las serenatas mejores provechos.

Noches, muchas noches, buenas noches, malas noches; cada día trae su noche. De la tragedia que enlutó a la India en el año de 1984, se refiere que todo comenzó en la noche. Dominique Lapierre (2001) y Javier Moro (2001) así lo señalaron en su magnífico libro *Era medianoche en Bophal*. La catástrofe de Armero también tuvo sus raíces en una noche de noviembre. Tantas cosas respiran de la noche. Cada uno tendrá de ella los mejores o los más crueles momentos vividos, pero es apenas normal en este ir y venir de adversidades y alegrías. Queda en nuestras líneas, como sencilla oración, la solemne invocación a la noche del poeta Amado Nervo (1977):

*¡Madre misteriosa  
de todos los génesis, madre  
portentosa, muda  
y fiel, de las almas excelsas;  
nido inmensurable  
de todos los soles y mundos;  
piélago en que tiemblan  
los fiats de todas las causas!  
¡Oh, camino enorme  
que llevas derecho al enigma;  
reino de los tristes,  
regazo de nuestra esperanza;  
taciturno amparo  
de males de amor sin remedio;  
madrina enlutada  
de bellas adivinaciones;  
ámbito en que vuelan  
las alas del azur de los sueños:  
sean mis pupilas  
espejo que copie tus orbes;  
sea tu silencio  
sutil comunión de mi vida;  
sean tus arcanos  
divino aguijón de mi mente;  
sea tu remota  
verdad, tras la tumba, mi herencia!*

## Referencias

- Broch, H. (1980). *La muerte de Virgilio* (versión de J. M. Ripalda; traducción de A. Gregori). Madrid: Alianza Editorial.
- Goethe, J. W. (1943). *Fausto*. Madrid: Aguilar.
- Hesíodo. (1990). *Teogonía; Trabajos y días; Escudo; Certamen* (Introducción, traducción y notas Adelaida y María Ángeles Martín Sánchez). Madrid: Alianza.
- Homero (1991). *La Ilíada* (Traducción, prólogo y notas de Emilio Crespo Güemes). Madrid: Gredos.
- Lapierre, D. & Moro, J. (2001). *Era medianoche en Bhopal*. Bogotá: Planeta.
- Mann, T. (1982). *Doctor Faustus* (Traducción de J. Farrán y Mayoral). Barcelona: Plaza & Janes Editores.
- Maurois, A. (1962). *Entre la vida y el sueño* (Versión castellana de Rosa S. de Naveira). Barcelona: Ediciones G.P.
- Nervo, A. (1977). *Primera y flor de su lírica* (Prólogo y selección de Alfonso Méndez Plancarte). México: Aguilar.
- Platón. (1980). *La República o el estado* (Décimo cuarta edición). Madrid: Espasa-Calpe.
- Platón. (2004). *El banquete - Fedro: versiones completas* (Versión y prólogo de Adrián Melo). Buenos Aires: Longseller.
- Reyes, A. (1975). *Trayectoria de Goethe*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Steiner, G. (1997). *Pasión intacta* (Traducido por Encarna Castejón, Menchu Gutiérrez). Barcelona: Siruela.
- Vallejo-Nágera, J. A. (2000). *Locos egregios*. Barcelona: Planeta.
- Zweig, S. (1999). *La lucha contra el demonio* (Traducción de Joaquín Verdaguer). Barcelona: Acantilado.